

tos últimos tres o cuatro años y el estudio global o pormenorizado de la etapa anterior, con la evidente intención de considerar las líneas actuales herederas directas de un proceso aún no clarificado totalmente.

En esta primera panorámica sobre algunas de estas obras vamos a referirnos a las que tratan de la época franquista y terminan hacia los años 1975 ó 1976. Quedan, pues, justamente, en la frontera de la nueva situación. Para empezar una obra de conjunto que yo creo interesante: "La economía española 1959-1976" (1), de la escritora inglesa Alison Wright. Como puede apreciarse, el periodo objeto de atención es el que va desde el Plan de Estabilización hasta la crisis de mediados esta década, pasando por el desarrollismo de los sesenta y la engañosa prosperidad de los primeros setenta. Lo primero que llama la atención de tal obra es su cálida solidaridad con el pueblo español y, al mismo tiempo, un sano distanciamiento partidista que no deja de ser agradable. Alison Wright se doctoró en Oxford, en Ciencias Políticas y Económicas, y ha venido ocupándose del tema español hace ya diez años. El lector se sorprenderá en varias ocasiones ante la importancia que se da a temas en apariencia no tan importantes para la evolución de la economía española, como pueden ser la burocracia y la corporatización laboral, que la autora considera factores pesadamente lastrantes de la vida nacional y que trata casi con santa indignación. Cuando salió la edición inglesa, "The Economist", tras felicitar a la autora, reparaba en estos mismos aspectos, más el inadecuado sistema educacional y la Seguridad Social, "que están causando tantos quebraderos de cabeza a los nuevos ministros democráticos de España". El diario económico "Cinco días", de Madrid, que también dedicó un editorial a la obra de Alison Wright, decía que "todo lo que allí aparece está descrito con una soltura y hasta con una punta de impertinente claridad que atrapa al lector hasta el final".

Otra obra de un período que es ya historia —próxima y condicionante— es "Salarios y mercado de trabajo en España", de Angel Serrano y José Luis Malo de



Molina (2), estudio especializado de las relaciones laborales en el período 1959-1975, aunque un "Epílogo" final se refiere al mercado de trabajo en los años 1976 y 1977, deteniéndose finalmente en los llamados Pactos de la Moncloa. Malo de Molina y Serrano son profesores de Estructura Económica y Economía Laboral en la Universidad Complutense de Madrid; la obra viene precedida de un prólogo de Ramón Tamames.

Las relaciones laborales durante la década de la tecnocracia y los planes de desarrollo es la base de la obra. Con una perspectiva muy crítica, los autores examinan las características de los salarios en una España en que el capital estaba respaldado por el aparato represivo del Estado, frente a una masa laboral privada de toda posibilidad de defensa legal a través de sindicatos de clase. Un segundo aspecto considerado es lo que los autores

llaman "focos salariales", es decir, todos aquellos incentivos sobre el "salario-base-bajo", que venían a fragmentar a la clase obrera y a facilitar los favoritismos y la división en castas de la misma. Así, la utilización patronal de las horas extras y la elevación salarial de carácter selectivo, fue una forma totalmente original, por así decirlo, del peculiar caso español. Como dice Tamames en el prólogo: "No es extraño que el resultado de todo ello sea un libro muy revelador de facetas hasta ahora más o menos dentro del claroscuro de la realidad económica española". Surgido el libro de un seminario en la cátedra de Juan Velarde, y dirigido por Enrique Barón y Angel Serrano, durante el curso de 1971-72, vino a convertirse con el tiempo en esta magnífica reflexión crítica de un importante aspecto de la vida económica española de los últimos veinte años.

Por último, es preciso referirse, en este recorrido de la literatura económica, a una curiosa obra titulada "El sector domésti-

co español 1964-1976", que firma Diego Valenzuela Ratia (3). Se trata de una tesina fin de carrera, que se presentó al Premio Nacional María Espinosa, del Ministerio de Cultura, en el que se subvenciona anualmente una obra de investigación relacionada con el problema de la mujer. En este caso se trata de la consideración económica de las amas de casa, consideradas por el autor como "un grupo de mujeres activas y que desarrollan un trabajo productivo". La novedad de la tesis de Diego Valenzuela estriba, precisamente, en ese carácter de población activa, en contra de lo comúnmente admitido sobre la inactividad de dicho sector humano. Incluso en las estadísticas manejadas por el autor se mantiene esta consideración: "No se despegan nunca totalmente —dice— de que las tareas domésticas son improductivas".

Sin embargo, tras un acercamiento teórico-práctico al sector doméstico, se intenta hacer un análisis de la función productiva, la mercancía fuerza de trabajo, con especial referencia a las amas de casa y, por último, una exposición socio-económica de los componentes de este sector. En conjunto, una obra discutible, pero que se aparta de los senderos trillados y se convierte en una notable aportación al conocimiento de nuestra realidad. ■ R. CRISTOBAL.

(3) Ministerio de Cultura (Col. Edición Femenina). Madrid, 1980.

Andalucía en libros

EN medio de tantas desgracias, Andalucía tiene desde hace unos años la fortuna de desportar un gran interés editorial. Acaso nunca como ahora salieron tantos libros de tema andaluz. En poco tiempo hemos visto cuatro muy diferentes de factura y contenido pero todos con el denominador común de Andalucía.

Ediciones Turner saca el "Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa", de Richard Ford. Es una obra clásica. Un fragmento importante del famoso "Manual" de España publicado en 1845. Esta edición de ahora va ilustrada con los dibujos del propio Ford. La Andalucía fordiana comprende 28 rutas. El libro es un testimonio de impres-

(1) Ediciones Heráldo de Aragón. Zaragoza, 1980.

(2) H. Blume Ediciones. Madrid, 1978.

cindible conocimiento para quienes deseen saber de la vida y costumbres andaluzas en la primera mitad del siglo XIX. El inglés Ford las conoció bien. Acaso mejor que Jorge Borrow, viajero de paso. Ford, en cambio, fue habitante de esta España en Sevilla desde el año 1831.

El Instituto de Estudios Onubenses, dirigido por José María Segovia, publica "El rincón onubense", del profesor Manuel Hidalgo Caballero, con prólogo de José María Vaz de Soto. Es una obra-mosaico de interés para la historia de una provincia como Huelva, en ciertos aspectos escasa de bibliografía. Lleva una reseña prehistórica e histórica del ámbito provincial, una geografía lingüística (tema del que el autor es estudioso habitual con varios trabajos sobre el uso de la "ll")... En el apéndice aporta útiles documentos para historiar la cuenca de Riotinto. El librito (96 páginas) incluye también diversas fotografías.

La Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía comienza a editar libros. Uno de los primeros es "Los cultivos agrícolas de Andalucía en cifras", del ingeniero agrónomo José González Delgado, excelente conocedor de la región donde nació y trabaja. No hay una línea sin datos, porque es obra de datos y cuadros. Hay ciento cinco cuadros. En su primera parte se describe territorio, climatología, distribución de la tierra, valores económicos y producción. En la segunda se particulariza cada cultivo. Figuran los ocho mapas provinciales con delimitación de comarcas y términos municipales.

Finalmente hemos de destacar un ambicioso empeño de la editorial Anaya: "Andalucía", un libro de los profesores Juan Díez García, Juan Aranda Doncel y Francisco Rubio Carmona. Obra con voluntad escolar, de agradable presencia; al manejarla resulta un tanto confusa por su estructuración. Tiene cinco partes: geografía, historia, aspectos humanos y económicos, variedad regional, y, por último, costumbres y folklore. Sobre el papel la división es muy clara. Pero a la hora de plasmarse en libro el lector —al menos el lector que quiere enterarse provincia por provincia, digamos lector filoprovinciano— tiene que saltar de un lado a otro. Se dirá que la provincia es una creación artificial.

Razón y sueño de un largo noviembre

PABLO CORBALAN

POR estos diecisiete relatos pasa un largo invierno de guerra. No sólo es un mes frío, lluvioso, invernal. No sólo es un noviembre. Juan Eduardo Zúñiga ha titulado su libro "Largo noviembre de Madrid" (1). Es un noviembre de tres años. Y en ese largo invierno de guerra, en el libro de Zúñiga, se alza algo, alguien como un protagonista omnipresente. Recuerdo que en el primer noviembre de la guerra civil llegó a Madrid un poeta malagueño y, ante aquella tragedia cercada, ante aquel inmenso puño cerrado en resistencia, escribió uno de los más bellos romances de aquel tiempo terrible. En él, el poeta llegaba a asumir la identidad de la ciudad sitiada y escribió: "Entre cañones me miro, entre cañones me miro; castillos de mi razón y fronteras de mi sueño...". Aquella situación de extrema urgencia y la identificación poética del hombre con una ciudad bombardeada, enardecida y sangrante, ha vuelto a recordarnos ante los relatos de Zúñiga.

Cada uno de los relatos que componen el libro tiene su protagonista, el que el autor le ha dado, con nombre o sin él; más veces anónimamente que con personaje nominado. El autor parece como si rehuyera concretar en un tipo su anécdota; el autor parece desear asumir todo cuanto sucede en cada uno de sus relatos, como obsesionado por no querer sus vivencias, su memoria fielmente vivida; por no querer diluir o traspasar su protagonismo real o figurado. El autor, como aquel poeta andaluz, se encuentra en el Madrid sitiado de 1936, como la ciudad misma, en sus hombres y sus mujeres de entonces, combatientes o no; en su miedo y en su valor, en su atmósfera siniestra, en su individualidad grande y en la pequeña y mínima; en la zozobra histórica y en la que no era más que personal. Lo primero que impresiona de este libro es su acorde general, su densa oleada de fondo, que se eleva y lo envuelve todo en una sola entidad, más allá y por encima del tiempo y del espacio. Quiero decir, del tiempo y del espacio del individuo, de los individuos; de la ciudad concreta y de su noviembre, que abarca tres

años. Hay en estos relatos una superación que, como en otras dimensiones, los unifica y los empuja por encima de los límites de cada uno. Esto los convierte como en capítulos de una novela. Porque, en realidad, estos relatos no son más que partes de un todo, peldaños de una misma escalera por la que se baja o se sube hacia la lealtad o el asesinato, hacia lo vulgar o la grandeza. Y todo como una cotidianidad, sin himno ni redoble, con la sencillez de la muerte diaria; como algo que está en la condición misma de un protagonista que es siempre el hombre de la calle, el muerto o el superviviente de cada minuto que se repite.

"Largo noviembre de Madrid" es el pulso de la vida ordinaria cuando la tragedia se ha transformado en costumbre. Es la costumbre de lo extraordinario, la naturalidad de vivir en el filo de la espada o en el borde de la explosión, cuando las gentes se vuelven a lo que siempre fueron sin dejar de ser lo que la emergencia

les obliga. En "Largo noviembre de Madrid" se vive entre un silencio compuesto del retumbar de las explosiones; a veces, con sencillez de desazón galdosiana y, otras, en el quehacer diario de un combate repetido. Galdosianismo de lo heroico y heroicidad de lo ordinario.

Todo esto está en el acierto creador de Zúñiga, que nunca ha querido improvisar. En este libro todo procede de una necesidad de nacimiento, de presencia, de perdurabilidad necesaria. Pocas veces se siente esta impresión en la lectura de un libro actual. Ahora se tiende a la fiesta improvisada y hasta superflua. En los relatos de Zúñiga hay como el cumplimiento de un legado, como la imposición de un mandato que viene de lejos. Por eso esquiva los esquemas preceptivos ortodoxos o heterodoxos. Esto no importa nada. Zúñiga relata, recuerda, escribe, afirma. A veces el realismo se perfila y otras, sin traicionarse, se hace ensueño, onirismo o fantasía. El estilo va por dentro y no se desdice nunca; se encuentra en la médula misma de lo que sucede. Tanto cuando el hombre se siente debilitado como cuando lo calienta y lo temple el desafío del peligro. En un libro en el que el estilo parece que no va a importar casi nada, resulta ser todo su aliento. Vivimos "Largo noviembre de Madrid" como una atmósfera, como un vaho, como una niebla, como una densidad de la que van surgiendo perfiles, acciones, seres, sensaciones de muy concreta presencia y percepción. Esa atmósfera nos gana y nos deja inmersos en toda su constituyente verdad. Pudiera alguien atreverse a pensar en eso del "realismo mágico". No, no es esto. Pero sí que hay un ritmo, una pastosidad, una lentitud, una resistencia que no quiere ser lo que define y conforma, desde su origen hasta su realidad total literaria, estos diecisiete relatos que se ensamblan sobre una situación común y que tiene algo de maravilloso, precisamente, porque no aspiraron más que a ser testimonio creado por la imaginación literaria. Juan Eduardo Zúñiga ha escrito un libro con autenticidad de fondo y con perfección perdurable. En estos años últimos quizá no contemos con nada semejante. ■ Foto: PABLO SOROZABAL.

Juan Eduardo Zúñiga.



(1) Largo noviembre de Madrid, de Juan Eduardo Zúñiga. Bruguera, Barcelona, 1980.

Bueno. En todo caso es una creación artificial actuante desde el 30 de noviembre de 1833; es decir: más de siglo y medio. Aparte de eso hay que lamentar el lamentable mapa regional de las páginas 236-237, tan escaso, algunas omisiones en la bibliografía y el exceso de una obra ("Conocer España. Geografía y guía") en la parte final de cada capítulo dedicada a "Lecturas y documentos". Es una pena, cuando tantos escritores andaluces hay, ausentes por cierto de esta "Andalucía" que comentamos.

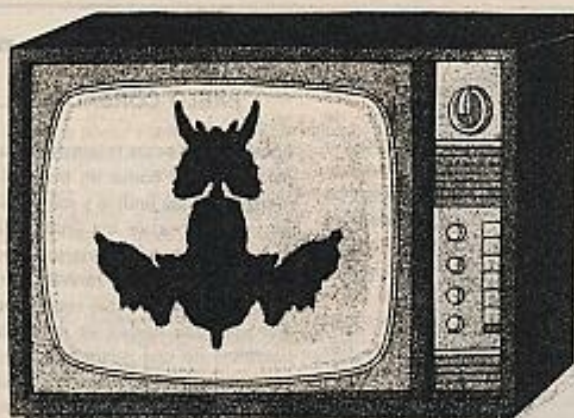
Sin embargo, nada de ello debe aminorar el aplauso para un intento de esta envergadura. Empeño divulgador de mucho interés, especie de "Pequeña Enciclopedia de Andalucía" (la grande existe ya: es la "Gran Enciclopedia de Andalucía" dirigida por José María Javiere, ahora felizmente camino de su tercer tomo). La edición de esta "Andalucía" de Anaya es realmente primorosa y la intención no puede ser mejor. Los logros superan con mucho a los reparos. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Habla Ellelou, dictador kushita

A John Updike se le vio el plumero desde el principio: no sólo compartía con otros americanos el disgusto hacia lo que su país era, sino que no había demasiada confusión en ese rechazo; tenía, para colmo, la pasión de la lucidez en cuanto a las raíces de su propio desajuste en la sociedad a la que pertenecía. "The poorhouse fair", "Rabbit, run", "On the farm" son títulos que expresan bien una trayectoria de amargura y crítica hacia la cotidianidad en que anda metido.

Ahora aparece una obra suya en apariencia muy distinta, cimentada en la observación de ciertos aspectos de la realidad política de nuestro mundo: la épica y tramoya del poder en el Africa islámica (1). Updike parece haberse documentado, antes de ponerse a la tarea, como esos autores de "best-seller" presuntamente literarios y presuntamente periodísticos que van espinzando de aquí y allá toques de "local colour" que saben impresionar al autosuficiente y en verdad ignorante lector occiden-

(1) "Golpe de Estado", Narradores de Hoy, Bruguera, 1979.



tal; pero esos materiales, Updike los ha utilizado como era de esperar en él: con la misma ironía con que en otras de sus obras podía hacer aparecer un "americano pie", como insuperable expresión del ambiente en que se movían —más bien se debatían— sus personajes.

Aquí, Updike afecta narrar

mediante la voz del dictador islámico de Kush, país sud sahariano, semidesértico, productor de maní: el coronel Ellelou, nacido en lo que los franceses denominaban Noire; después de servir y desertar de los cuerpos indígenas de París, y después del contacto con los negros disconformes en Estados Unidos, vuelve a su tie-

rra y derroca al anciano Rey, con lo que tiene las manos libres para imponer un poder personalista-populista basado en la letra del Corán y en una particular interpretación de Marx. Semejante trama, con toda la intriga y tramoya inevitable al fondo, trae como consecuencia que Updike se incline ávidamente sobre la actualidad más "rabiosa" de hoy, y saque en su novela desde agentes de la CIA hasta consejeros soviéticos. Ello implica riesgos de sucumbir al tópico, por muy bienintencionado y antiimperialista que se sea, y Updike, quizá consciente de ello, filtra su prosa en sarcasmos sobre los influjos de las grandes potencias en la vida de los habitantes de Kush. Baste con decir que los despachos metropolitanos que en las sombras manejan el antiguo mundo colonizado son aludidos frecuentemente, e incluso retratados con toda verosimilitud: pe-

ADIOS A LAS LETRAS Paseo por el erotismo

La pasada semana fue plena en Madrid: se presentaron libros de viajes —libros de paseo, di-riamos—, se introdujeron libros eróticos y se dieron a la publicidad ensayos de antropología social de la actualidad. Este país da para mucho.

Para lo que más da este país es para papel, como les decía el otro día. Todavía la televisión no ha sustituido al papel, cosa que es venturosa, y así aún se editan libros.

Da para muchos libros este país. Ya da hasta para libros de erotismo, que no es lo mismo que libros eróticos. Acabo de leer uno, que me acompañó en mi viaje yugoslavo. Está en mi memoria, por tanto, como si fuera un libro extranjero. Repasándolo parece, sin embargo, un libro catalán traducido al castellano. De modo que la mezcla que habita en mi cerebro es tan grave como compleja es la composición del grupo que se esconde bajo el seudónimo de Ofelia Dracs, colectivo de ocho escritores responsables de *Diez manzanitas tiene el manzano*, libro de erotismo al que aludo.

Los extranjeros escribían en solitario sus libros eróticos, porque en cuestiones de erotismo siempre es bueno que tu mano derecha ignore lo que hace tu mano izquierda. Pero en España son colectivos los que escriben de erotismo, como si hicieran un menage-à-huit en el que la soledad es imposible. Como recuerda mi admirado J. J. Armas Marcelo, estas cosas no pasan en Inglaterra.

El sabor que me dejó el paseo por el erotismo hispano fue el del licor yugoslavo, que te sacia constantemente, pero que siempre te obliga a apurarlo más. Ofelia Dracs es mucha gente para un solo libro de unas 190 páginas. Si hubieran escrito más, sin embargo, habría sido muchísimo peor: lo que la *Sonrisa Vertical* les premió a los ocho nombres de Ofelia —el libro fue premio de

novela *La Sonrisa Vertical*— fue lo breve. *Gracián lo dijo en inglés: "Lo bueno, si breve, más erótico aún"*. En España la censura franquista apocópó la frase.

Fue una semana dedicada a la belleza. O, más bien, a la consideración crítica de la estética: *Amando de Miguel se rodeó de la crema intelectual madrileña para presentar a sus intelectuales bonitos. El mismo es un sociólogo bonito, que resalta sus intenciones de mejora estética —no hace falta ser bello: es necesario querer parecerlo— con unas gafas que le prestó Quevedo cuando ambos luchaban por hacer sociología multinacional.*

En la misma línea de paseo por las caras de los españoles está otro libro igualmente introducido la semana pasada: *Políticos con cara de foca*, de Javier Figuero. Figuero, que es un periodista intrépido, se ha apoyado en el bastón de la famosa greguería de Gómez de la Serna para realizar la geografía humana de lo que nos pasa. Como en los lanzamientos de jabalina, hay que ver el segundo intento para comprobar si los retratos son ajustados o no. Ymelda Navajo, que es la que me ha inundado últimamente de libros de estética periodística, asegura que se ha divertido con el libro de ero. Y como ella es especialista yo me quedo con su opinión por si les vale.

De todos los libros, el paseo de los novelistas Juan Pedro Aparicio y José María Merino por los caminos del Esla (*Los caminos del Esla se llama el volumen*) es el que me resulta más reconfortante. Los escritores han caminado, como se solía hacer en otro tiempo, por hermosos parajes leoneses y al término han traído un libro caliente como un paisaje. Sirve de almohada sobre el cansado colchón de la literatura española. ■ SILVESTRE CODAC.